



Almoravides, pues era ilegítimo el señorío que se fundara por fuerza, destruyendo á los alavencinos, linaje que descendía de Fátima, hija mayor de Mahoma, su profeta. Demas desto, que si no sacudían de sí el imperio de los Almoravides, no podrían las opiniones que de la religion tenían abrazadas pasar adelante; que los intentos impíos e insultos de aquella ralea de gente era justo fuesen castigados y vengados con toda diligencia.

Movidos por estas razones, los del pueblo se determinaron á tomar las armas; pero como no fuesen diestros en la guerra, al principio quedaron vencidos en batalla por las armas y poder del rey Albohali: sobrepujó el esfuerzo á la muchedumbre y canalla; mas en breve, juntadas nuevas fuerzas, volvieron á la guerra, y no pararon hasta que, vencidos los Almoravides, dieron la muerte al rey Albohali: Abdelmon sucedió en su lugar. En tiempo deste rey los que seguían á Almohades, de quien se tomó el nombre de los Almohades, se apoderaron de aquel reino y mudaron en él las leyes y costumbres antiguas: demás desto, dado asiento en las cosas de África, volvieron sus pensamientos á España. Tumerto se quedó en África con intento que sus enemigos no tuviesen lugar de alterarse; el nuevo rey Abdelmon y el profeta Almohades con mucha y muy buena gente pasaron á España, al principio sin hacer daño, porque no desconfiaban que los de su nacion voluntariamente se les rendirían; que si entretenían su esperanza y tomaban consejo diferente, venían determinados no excusar ninguna cosa de las que se pudiesen padecer ó temer; en fin, usar de fuerza. Sucedióles como deseaban, que sin dificultad se persuadieron todos los moros que quedaban en España, de acomodarse con el tiempo y recibir públicamente las nuevas opiniones y ritos que aquella gente abrazaba, esto con tanta afición y con tanto odio, así de su antigua superstición como de la religion cristiana, que todas las cosas ordenadas por los reyes moros pasados las trastrocaban y forzaban á las reliquias de los cristianos, que mezclados con los moros como las estrellas en las tinieblas de la noche resplandecían, y vulgarmente los llama-

maban mozárabes, con tormentos que les daban de todas maneras para que dejasen la religion de sus padres.

Muchos por este miedo se huyeron á tierras de cristianos; entre los demás Clemente, prelado de Sevilla, llegado á Talavera, falleció algunos años adelante por este tiempo en aquel lugar, persona santa y muy ejercitada en la lengua arábica; otros muchos, oprimidos con el peso de los males, obedecieron á los vencedores, de tal suerte que desde este tiempo pocos quedaron entre los moros que de nombre y de profesion fuesen cristianos. Los Almohades, contentos de sujetar á su imperio los moros de España, no les pareció por entonces hacer guerra á los cristianos, que eran poderosos por tierra y por mar; ántes acordaron dar la vuelta á África, donde tenían las principales fuerzas de aquella secta y parcialidad. Falleció el profeta Almohades en breve despues que volvieron, y cerca de Marruecos, silla de aquel reino, por mandado del rey le edificaron un magnífico sepulcro; la muchedumbre, engañada con la muestra fingida de santidad y con la fama, comenzó á le honrar y hacer romerías á él por devoción. Vinieron á España los Almohades año de nuestra salvación de 1150, del imperio de los árabes 545. El arzobispo D. Rodrigo pone seis años ménos al fin de la historia de los árabes, pero sin duda lleva la razon de los años errada en esta parte.

En el mismo año que salió el emperador D. Alonso al encuentro á los Almohades, y talados los campos de Andalucía, puso cerco á Córdoba despues que Abdelmon era vuelto á África, como ya sospecho, D. García, rey de Navarra, cerca de Lorca, pueblo de su señorío, de una caída de un caballo que dió en la caza sobre una peña, murió á los veintiuno de Noviembre, víspera de Santa Cecilia. Iba á la sazón de Estella á Pamplona, mal enojado con no muy grande causa contra aquellos ciudadanos, y con resolución de castigarlos; mas este accidente le atajó los pasos y pensamientos. Reinó diez y seis años; los hijos que dejó fueron éstos: D. Sancho, que luégo le sucedió en el reino, y se coronó en la iglesia Mayor de Pamplona, do hizo enterrar á su padre; doña Blan-

CAPÍTULO III

Cómo los Almohades vinieron á España.—Muerte de D. García.—S. Luis, rey de Francia.

Una nueva entrada que los Almohades hicieron en España, gente bárbara y fiera, hemos de contar: un nuevo reino que en África y en España se fundó por estos tiempos, nuevas asonadas de guerras sangrientas, con cuyas olas la república cristiana fué trabajada: maravillosos y extraordinarios juegos de la fortuna mudable, hasta tanto que ganada una victoria señalada, y la más ilustre que en aquella sazón hobo en el mundo, las fuerzas de los moros mucho se enflaquecieron y quebrantaron. Tenía el imperio de los moros en África y en España Albohali, príncipe del linaje de los Almoravides, como arriba queda declarado, en el cual tiempo un cierto hombre llamado Tumerto, en África, muy docto, así en las demas partes de astrología como señalado en pronosticar por el nacimiento de cada uno la vida, ingenio, costumbres y accidentes que habia de tener (que es una ciencia vanísima), considerado el rostro de un mozo llamado Abdelmon, de cuerpo membrudo y muy animoso, y por el aspecto de las estrellas, sin embargo que era de muy bajo suelo, tanto que su padre era ollero, le pronosticó sería rey de su nacion, que así lo mostraba el cielo y tales eran sus hados, cuya fuerza no poderse quebrantar la gente y nacion pe los moros está muy persuadida.

Abriáanse las zanjas de una fábrica muy

grande. Sucedió muy á propósito para sus intentos que un gran predicador de la ley mahometana, en aquella sazón tenido por hombre de santa vida y de doctrina singular, llamado Almohades, introduciendo y publicando nuevas declaraciones de la ley, despertaba y alborotaba los ánimos de la muchedumbre, mudable de ingenio, principalmente en África, y deseosa grandemente de novedades. Á éste, como quier que Tumerto persuadiese su pronóstico, y él ó de verdad lo creyese así, ó lo mostrase, trataron entre sí de mudar el estado de aquel reino. No hay trama más engañosa en la apariencia que el pretexto y capa de la mala religion, cuando se usa della para dar cubierta á otras maldades, ni hay cosa más perjudicial en la república que alterar la fe y religion que los mayores abrazaron. Así de todo tiempo consideramos haberse destruido grandes imperios por la diferencia en la religion, porque dividido el pueblo en parcialidades, de la contienda y de las palabras se pasa á enemistades descubiertas, y la una parte y la otra defiende sus opiniones con las armas sin parar hasta arruinarlo todo, lo que sucedió al presente; ca Almohades, por la mucha autoridad que tenía, persuadió á los que le seguían tomasen las armas debajo la conducta de Abdelmon, atropellásen y destruyesen el reino de los



ca, nuera del emperador, y doña Margarita, que casó con Guillermo, rey de Sicilia, por sobrenombre el Malo. Hijos otrosí legítimos del rey D. García, fueron D. Alonso Ramírez, Señor de Castro el Viejo, y doña Sancha, que casó primero con Gaston, vizconde de Bearne, despues con D. Gonzalo, conde de Molina. La muerte de D. García dió ocasion á los otros príncipes de nuevas alteraciones, en especial á D. Ramon, príncipe de Barcelona, y al emperador D. Alonso, no obstante los muchos vínculos de afinidad que con el muerto y con sus hijos tenía. Es así que los reyes en más estiman ensanchar su señorío, que ser alabados de humanos y de modestos; nó hacen caso con el deseo de mandar de lo que la fama puede hablar dellos y pensar los venideros, como si con el poder presente se pudiese tambien apagar la memoria del tiempo adelante.

Estos dos príncipes se juntaron en Tudelin, dueblo de Navarra, cerca de los baños que allí hay: hallóse asimismo presente D. Sancho, ya dias ántes declarado rey de Castilla por el emperador su padre. Hicieron sus acuerdos y conveniencia con estas condiciones: que todo lo que de nuevo se quitára á Castilla, se restituyese enteramente á D. Alonso; lo que de Aragon, á D. Ramon, y que el antiguo señorío de Navarra, luégo que juntadas las fuerzas le hobiesen quitado al nuevo rey, le dividiesen entre sí por partes iguales, á cada cual lo que más le estuviese á cuenta, en particular que Pamplona quedase por D. Ramon, Estella por el emperador, Tudela fuese de ambos, y cada uno pusiese en su parte quien la gobernase: que D. Ramon por los pueblos y ciudades que adquiriese en Navarra fuese feudatario de Castilla, renovando en esto la confederacion de D. Sancho y D. Pedro, reyes de Aragon.

Añadióse demas desto, que pues el principal cuidado era de hacer guerra á los moros, luégo que Valencia, con todo lo que hay desde Tortosa hasta Júcar, y tambien Murcia, se ganase de moros, quedase por los aragoneses, como obligados á eso mismo, y feudatarios á los reyes de Castilla. Juraron los reyes estas condiciones, diéronse las manos entre sí, que conforme á las costumbres de España es una gran-

de atadura de la fe dada y recebida; púsose término y señalóse tiempo para comenzar la guerra de Navarra pasado el mes de Setiembre.

La liga se hizo á veintisiete de Enero, que tuvo no buen principio, y fué adelante de ningún efecto, porque el nuevo rey, avisado de lo que pasaba, se aperció con mucha diligencia, y aunque era de pequeña edad, estaba muy fortalecido, no más de socorros de fuera que de la benevolencia de los suyos; en que sobrepujó á su padre, príncipe que fué á sus vasallos pesado y comunmente de los mismos aborrecido. Entre los señores de Navarra, don Ladrón de Guevara, de antigua nobleza, y señor de Aybar, tenía muy grande autoridad, tanto que por pasar á los otros muy adelante en riquezas y poder, le llamaron príncipe de Navarra. Al emperador y á D. Ramon entretuvieron otros cuidados, para que no pudiesen con todas sus fuerzas acudir á la nueva guerra, si bien los aragoneses, con entradas que hicieron y correrías, comenzaron á trabajar lo de Valderroncal, las gentes de Castilla á lo que de Navarra les caía cerca; los unos y los otros sin hacer cosa notable, mayormente que don Ramon se partió para Narbona contra Trencavello, vizconde de Carcasona, con quien finalmente se concertó por el mes de Noviembre tuviese en feudo á Carcasona y Ródes. El emperador D. Alonso se hallaba ocupado en concertar nuevos parentescos y casamientos, ca Luis, rey de Francia, repudiado que hobo á Leonor, condesa de Potiers, en quien tenía dos hijas, en su lugar se casó con hija del emperador D. Alonso, que unos llaman doña Isabel y otros doña Constanza, y pudo tener entrambos nombres. El emperador por el mismo tiempo casó con Rica, hija de Wladislao, duque de Polonia (que es parte de la antigua Sarmacia) habida en Berta, hermana de Othon, obispo frisíngense, como lo dice Radevico en lo que añadió á la historia que escribió el mismo Othon.

Entre tan grandes regocijos y aparatos de bodas como se hicieron, no podían las armas tener lugar, fuera de que los navarros estaban confederados con los franceses, por lo cual



pensamos que el emperador se amansó más y comenzó á divertir su ánimo de aquella empresa, que condenaban las leyes de la amistad y los juicios de los hombres: además que á don Sancho, rey de Navarra, favorecían todos ordinariamente por el excelente natural, que en su pequeña edad mostraba; y el mismo D. Alonso era muy amigo de justicia, aborrecedor de toda insolencia y demasía; virtud que por este tiempo mostró con un ejemplo digno de memoria.

Un cierto soldado, de sangre noble, y del número de los que vulgarmente en España llaman infanzones en Galicia, confiado en que aquella tierra caía lejos, y en la revuelta de los tiempos, despojó á un labrador de todos sus bienes. Amonestado por el rey y gobernador de la provincia hiciese satisfaccion de lo que tomara injustamente, no quiso obedecer. Disimuló el rey por entónces, y pospuestas todas las demas cosas, en hábito disfrazado para que la cosa fuese más secreta, desde la ciudad de Toledo fué por la dicha causa á lo postrero de Galicia. Llegado, cercó de sobresalto las casas del soldado, que huyó por miedo del castigo; mas él le mandó prender y ahorcar delante de las mismas casas. Con este hecho el rey ganó autoridad y la inocencia quedó valida, y aquel hombre castigado como su desatino y soberbia merecía. Valeroso príncipe, que ni en paz ni en guerra estaba ocioso, ántes vuelto á la guerra contra los moros este año puso cerco á Jaen, el siguiente de mil ciento cincuenta y dos á Guadix, ciudad de Andalucía, que los antiguos llamaron Acci, pero no parece salió con estas empresas.

Doña Petronila, reina de Aragon, parió un hijo, que en vida de su padre se llamó D. Ramon, y despues del muerto, D. Alonso. Es cosa notable que estando para parir, á cuatro dias del mes de Abril otorgó su testamento, en que dejaba el reino paterno al preñado, si naciese varon; pero si fuese hembra, nombraba por heredero á su marido D. Ramon, que fué ejemplo bien extraordinario. Nombró por sus albaceas á tres obispos, Guillermo de Barcelona, Bernardo de Zaragoza, Dado de Huesca, y junto con ellos otros hombres principales. Dice en él,

en particular, que deja el reino á sus herederos libre, como su tío D. Alonso le tuvo, es á saber, pospuesta la confederacion y asiento que poco ántes se tomó con Castilla. Por el mismo tiempo falleció D. Pedro de Atarés, señor de Borgia; sepultáronle en el monasterio de Veruela, que no léjos de Zaragoza él mismo fundara. Borgia quedó por el rey; á los Templarios, á quien el difunto la dejó en su testamento, dió en trueque y recompensa á Ambela y otros pueblos. Item, lo que los moros poseían á las riberas de Segre y Cinga, ó por fuerza ó por voluntad se ganó por los aragoneses. Demás desto ciertos castillos que caían entre Tarragona y Tortosa en bosques y lugares altos, y por tanto, era difícil conquistarlos, en fin se venció la dificultad y vinieron á poder del rey. Lo mismo Miravete á la ribera de Ebro, pueblo muy fuerte, que se dió á los Templarios para que le poseyesen y tuviesen en él guarnicion.

En estas guerras se señalaron entre los demas en esfuerzo y diligencia el conde de Urgel y Ramon de Moncada, y Poncio Hugon, conde de Ampurias, que falleció el mismo año. La tercera parte de Tortosa, que conforme á lo asentado cuando se ganó era de los ginoveses, el rey al presente la compró dellos y la rescató con dinero. Con estas cosas, el nombre de D. Ramon comenzó en toda España y tambien acerca de las naciones extrañas á ser muy célebre, si bien él por su modestia ó porque el reino de Aragon le tenía en dote, nunca en toda su vida se quiso llamar rey; solamente se intitulaba príncipe de Aragon, y contento con este apellido lo gobernaba todo él solo á su voluntad en guerra y en paz. Es cierto que desde este tiempo las armas antiguas de los reyes de Aragon se trocaron en las de los condes de Barcelona, que eran cuatro fajas ó bandas rojas, que á iguales espacios de arriba abajo dividían un campo ó escudo dorado. D. Sancho, el que adelante sucedió en el reino de Portugal á D. Alonso, su padre, nació á once de Noviembre del año mil ciento cincuenta y cuatro, en Coimbra, donde la reina de buena gana moraba; hermanas de D. Sancho, doña Urraca, que casó en Leon, y doña Teresa, en Flán-



des. El nacimiento deste infante D. Sancho fué la cosa más señalada que sucedió este año, y juntamente la venida de Luis, rey de Francia, á España, de que se hablará luégo.

Tenia Luis, rey de Francia, llamado el más mozo, gran deseo de ver á España y visitar á su suegro. Era menester buscar algun color para tan larga jornada: pareció el más á propósito ir en romería á Santiago, por voto que el tiempo pasado habia hecho. Esta era la voz que se decia en público: de secreto otra puridad le aguijonaba más, como lo dice el arzobispo D. Rodrigo, que los escritores franceses no hablan desto: esta era informarse y saber en presencia, si su mujer era nacida de legítimo matrimonio, porque algunos malsines, hombres malos, cuales tienen muchos los palacios de los príncipes, que todo lo tuercen, afirmaban al rey que la reina su mujer era bastarda, y por el mismo caso con aquel casamiento se disminuía y afeaba la majestad real de Francia. No dejaba él de dar oídos á estos chismes, porque á ejemplo de madama Leonor, su primera mujer, parece buscaba ocasion de repudiarla, por haber tambien ella parido dos hijas y ningun hijo varon; que Phelipe, por sobrenombre Augusto, hijo deste rey Luis, nació de Alisa, hija que fué del señor de Bles, con quien este rey se casó últimamente despues de la muerte de doña Isabel.

El emperador su suegro, sin saber lo que pasaba, acompañado de sus dos hijos y de don Sancho, rey de Navarra, salió al encuentro á su yerno hasta Búrgos. Acudieron de toda España de las partes comarcanas, de las que caian léjos y de las postreras, así señores como gran muchedumbre de hombres, á ver tantos reyes en unas mismas casas y morada. Sacaban arreos, galas y libreas, finalmente todo lo que en España era hermoso y magnífico, como para hacer alarde y muestra de su grandeza acerca de los franceses, que tenían por pobreza todo lo de acá. Con este aparato llegaron desde Búrgos á Santiago, y cumplidos enteramente sus votos, volvieron á la ciudad de Toledo, para donde, de las dos naciones moros y cristianos que obedecian al emperador, tenía convocadas córtes con intento de hacer osten-

tacion de mayor grandeza y poderío. Vino entre otros á la fama y al llamado, D. Ramon, príncipe de Aragon, con muy lucido acompañamiento. El rey Luis, considerado el arreo, atuendo y atavío así de los grandes como del pueblo, que acudió en tan gran número quanto nunca en la ciudad real se vió antes; demas desto sabida la verdad del negocio porque era venido, dijo no haber en Europa ni en Asia visto córte más lucida ni arreada; provincias en que se hallara en el tiempo que fué á la guerra de la Tierra Santa; que daba gracias á Dios por tener por mujer hija del emperador D. Alonso, sobrina de D. Ramon, príncipe de Aragon. Hiciéronse juegos con gran magnificencia y presentes al rey huésped de gran estima; mas no quiso tomar cosa alguna fuera de un carbunco muy grande y de gran valor, y con tanto se volvió alegre á su tierra. Acompañóle D. Ramon hasta Jaca, en que los recibieron con aparato real y toda muestra de alegría, como testifican las historias de Aragon.

Falleció el conde de Urgel á veintiocho dias del mes de Agosto; fué nieto de D. Peranzules; y del lugar donde se crió, y para diferencialle de otros del mismo nombre, le llamaron Armengol de Castilla. El año siguiente mil ciento cincuenta y cinco, á once de Noviembre, viernes como dicen los *Anales Toledanos*, nació á D. Sancho, rey de Castilla, de doña Blanca su mujer, un hijo llamado D. Alonso, heredero que fué adelante del reino de su padre y abuelo. Habíase tratado en la alianza que se hizo en Tudelin de repudiar á esta doña Blanca, por no ser aún de edad para casarse; pero las leyes de la equidad, el amor del marido y la inocencia de aquella señora, prevalecieron para que no se le hiciese tal agravio. Siguióse una guerra en aquella parte de la Galia Narbonense que se llama la Proenza por esta ocasion: Hugon Baucio y sus hermanos, hijos que eran de Raimundo Baucio y nietos de Gilberto, ganaron el tiempo pasado un privilegio de los emperadores alemanes Conrado y Federico, en que les concedian todo lo que el conde Gilberto, su abuelo, habia poseído. Fundados en este privilegio, pretendian toda la Proenza; y fortificándose en el pueblo Trencatayo, traba-



jaban todos los lugares comarcanos. D. Ramon con el cuidado que tenía de su sobrino, marchó para allá con un grueso ejército, con que abatió el atrevimiento y orgullo de los Baucios, y en breve los redujo á obediencia.

En el mismo tiempo el cardenal Jacinto, legado en España, sosegaba las contiendas y daba asiento en el estado de las iglesias; en particular á instancia de Juan, arzobispo de Toledo, pronunció sentencia en Nájara en favor del primado de Toledo contra los arzobispos de Santiago y de Braga.

Fuó esta legacia de Jacinto muy señalada y famosa en esta era. Envióle Anastasio IV, pero llegó á España en tiempo que era ya pontífice el que le sucedió, que fué Adriano IV. En el tiempo que Luis, rey de Francia, estaba en Toledo, sucedió hacerse mencion de San Eugenio, primer arzobispo de Toledo, cuyas reliquias, poco antes se dijo, tenían en la iglesia de San Dionisio cerca de París: pedian que los sagrados huesos se trasladasen á España: llevaban mal los franceses esta demanda; alcanzóse so-

lamente que les enviasen una parte. El rey Luis, vuelto á su patria, hizo esto y lo cumplió enteramente; que envió el abad de aquel monasterio á su suegro con el brazo derecho del mártir. Ya que llegaba cerca de Toledo, salieron en procesion á recibirle, el emperador don Alonso, los dos reyes sus hijos, los grandes, el pueblo y varones sagrados. La sagrada arca fué en hombros del emperador y de sus dos hijos llevada á la iglesia Mayor, y puesta en el sagrario della, á doce dias de Febrero el año de nuestra salud de mil ciento cincuenta y seis. Los demas huesos del sagrado cuerpo se trujeron á Toledo á instancia de D. Felipe II, rey de las Españas, y por diligencia de D. Pedro Manrique, canónigo de Toledo, que para este efecto fué enviado por embajador á Carlos IX, rey de Francia, cuatrocientos nueve años, nueve meses y seis dias más adelante, con igual ejemplo de piedad, pompa y aparato, el mayor que se vió en España, y se pusieron en el mismo templo debajo del altar mayor, en capilla particular y devota.